

La juventud y la fase de “pequeños trabajos”

León Trotsky

13 de marzo de 1923

(Versión al castellano de Vicent Blat desde L. Trotsky, *Problems of Everyday Life*, Monad Press, Nueva York, 1986, páginas 97-104. Fechado el 13 de marzo de 1923 y publicado en *Pravda* el día 14 del mismo mes. Este artículo fue escrito con motivo del vigésimo quinto aniversario del Primer Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que era una sección de la Segunda Internacional, y como contribución a la discusión que precedió al duodécimo congreso del Partido Comunista Ruso, que se convocaría en abril de 1923.)

Sea como sea, los últimos veinticinco años han pasado muy rápido. Y, sin embargo, un cuarto de siglo no es un periodo de tiempo pequeño. Los iniciadores del primer congreso del partido dudaban en invitar a nuestra organización de Nikoláyev al congreso, era comprensible: en Nikoláyev éramos jóvenes. Sin embargo, la cuestión se resolvió por sí sola: en enero de 1897 la organización de Nikoláyev se disolvió casi por completo, y el congreso se celebró en marzo. En mayo nos enteramos en la cárcel de Odessa; la noticia se transmitió a gritos de ventana en ventana de las celdas. Y ahora han pasado veinticinco años, ¡y qué años! Guerras, revoluciones, convulsiones como nunca antes había ocurrido en la historia de la humanidad. Y parece como si el año 1897 fuera ayer; qué difícil es comprender en un momento este pasado de veinticinco años, más rico en contenido que el milenio anterior. ¿No sería mejor pensar en el futuro?

Lo primero que se piensa es en los jóvenes, porque ellos también son el futuro. La generación que ahora dirige el partido encarna en sí misma la inestimable experiencia de los últimos veinticinco años, pero nuestra juventud revolucionaria es el producto volcánico de la erupción de octubre. Ni la revolución europea ni, menos aún, la mundial, por muy rápido que haya sido su inicio, están concluidas a los ojos de la vieja generación. Tanto más grave y profunda es la cuestión de la formación del relevo que está dispuesto a llevar la obra hasta el final.

En Europa, la generación más joven del proletariado, estimulada por la revolución rusa, sigue viviendo bajo las condiciones del régimen capitalista. La combinación de estas condiciones (la expectación revolucionaria de Rusia y la poderosa opresión del imperialismo) está forjando en la generación más joven del proletariado europeo un temple revolucionario del que carecía en el período de la guerra imperialista.

Las condiciones en las que se desarrolla nuestra juventud son excepcionales. Ha crecido o está creciendo bajo las circunstancias de una revolución victoriosa que no ha sido ni será quebrantada. Para nuestros jóvenes, la revolución ya no es un objetivo, sino su forma de vida. ¿No radicarán en esto nuevos peligros? En su realización práctica, la revolución está, por así decirlo, “descompuesta” en tareas parciales: es necesario reparar puentes, aprender a leer y escribir, reducir el coste de producción de los zapatos en las fábricas soviéticas, combatir la suciedad, atrapar a los estafadores, extender los cables de electricidad en el campo, etc. Algunos ordinarios de la intelectualidad, de la categoría de personas con la cabeza mal puesta (por eso mismo se consideran poetas o filósofos), ya se han puesto a hablar de la revolución en un tono de la más magnífica condescendencia: ¡aprender a comerciar, ja, ja! ¡a coser botones, je, je! Pero dejemos que estos charlatanes griten en el vacío.

Nosotros mismos nos planteamos la cuestión de forma crítica: ¿no existe el peligro real de que nuestros jóvenes, sin darse cuenta, se moldeen y se petrifiquen en la atmósfera de los “pequeños trabajos” soviéticos (sin una perspectiva revolucionaria, sin un amplio

horizonte histórico) y que un desgraciado día resulte que nosotros y ellos estamos hablando idiomas diferentes?

No se puede negar del todo la existencia de ese peligro. Pero a las condiciones que lo engendran se oponen otras no menos poderosas y, sobre todo, la situación internacional de nuestro país y, por tanto, de nuestro partido. De la gran tarea que hemos realizado, la conquista del poder, hemos pasado a tareas “menores”, no directamente, sino a través de una larga guerra civil, y no para siempre, sino sólo durante un cierto período, que hemos dado en llamar respiro. Ante todo, lo atestigua el mero hecho de la existencia del Ejército Rojo. No somos los únicos en la tierra. Sólo somos el extremo izquierdo de un larguísimo y sinuoso frente que se extiende por los cinco continentes. En estos últimos años hemos aplastado a fondo a ese destacamento de enemigos que se oponía directamente a nosotros, “seriamente y durante mucho tiempo”.

Pero la lucha continúa en todo el mundo. Y en cualquier momento puede trasladarse a nuestro territorio; o nuestra ayuda directa puede ser requerida, en nombre de nuestra propia defensa, en otras tierras. La comprensión de este carácter internacional de nuestras tareas debe constituir el eje de la educación de nuestros jóvenes. Si estamos pasando por una especie de fase de pequeños trabajos, el Ejército Rojo es el eslabón más vital que nos une a las tareas revolucionarias aún no realizadas a escala mundial. Por esta razón, la actitud de la juventud ante el Ejército Rojo expresa esencialmente su actitud práctica ante la revolución, como ante una gesta heroica. Ayer vimos cuál es su actitud en relación con la Marina Roja; mañana la veremos en relación con la Fuerza Aérea. Por otra parte, lo que a veces se llama el talante de la desmovilización es esencialmente un talante liquidacionista. La escuela revolucionaria práctica que se ha impartido en la clandestinidad, la escuela de la alta abnegación, de la fraternidad en las armas, puede ser sustituida en nuestras condiciones principalmente por el Ejército Rojo.

Para ello es necesario, repito, que se introduzca en la sangre de nuestra juventud la apreciación de la conexión entre nuestro trabajo doméstico y la lucha de la clase obrera mundial. Esto sólo puede lograrse acercando el movimiento obrero mundial a nosotros, en un grado mucho mayor que antes. ¿Cómo? A través de una información bien presentada, seria y concienzudamente pensada. La época de los eslóganes sobre el espectro del comunismo que acecha a Europa ya ha pasado, pero aún no ha llegado. Es necesario que nuestros jóvenes avanzados sigan día a día, a través de los periódicos, las revistas y las conferencias, la marcha del movimiento revolucionario en toda su concreción, para que conozcan su fuerza y su debilidad, sus dificultades y sus errores, sus éxitos y sus derrotas, a sus organizaciones y a sus dirigentes. Gracias a la cárcel, al exilio y a la emigración, la vieja generación de nuestro partido obtuvo este conocimiento internacional, se educó en él y lo absorbió. Esta es su fuerza, que también le permite desempeñar hoy el papel principal en la Internacional Comunista. La generación más joven no tiene necesidad de ir a la cárcel o a la emigración para obtener esta fuerza. La tarea puede y debe resolverse mediante un plan, con medios del partido y del estado. Sobre todo, nuestra prensa debe aprender a dar información sistemática, concreta, viva y continua sobre la lucha de la clase obrera en todo el mundo. Basta ya de chismorreos inconexos, episódicos y fragmentarios, y de informes en caliente. El hoy del movimiento obrero debe derivarse orgánicamente para el lector de su ayer. Necesitamos una correspondencia del extranjero bien presentada. Debemos seguir de cerca la prensa europea y ofrecer a nuestros lectores extractos de ella.

No se trata de predicar, apelar y exhortar, ya hay demasiado de eso, y es agotador; ustedes, los jóvenes, que crecen en una atmósfera de consignas, llamamientos, exclamaciones, pancartas, corren el peligro de dejar de reaccionar ante ellas. Hay que dar a la juventud información objetiva en las proporciones adecuadas y en la perspectiva

correcta. Hay que darles elementos y métodos sólidos para que se orienten independientemente en el desarrollo de la revolución mundial. Al igual que el soldado por vocación mueve las banderas en su mapa, centrándose intensamente en las condiciones y posibilidades de las batallas que se libran al otro lado del mundo, nuestros jóvenes deben aprender a mover las banderas del frente de clase de forma independiente en el mapa político del mundo, a sopesar las fuerzas y los recursos de la lucha, a evaluar los métodos empleados y a verificar la valía de los dirigentes. No hay medio más poderoso de educación ideológica contra la depreciación de los pelos, contra la desmoralización de la NEP y contra todos los demás peligros.

Pero el trabajo cotidiano puramente práctico en el ámbito de la construcción cultural y económica soviética (¡incluso en el comercio minorista soviético!) no es en absoluto una práctica de “pequeños trabajos”, y no implica necesariamente una mentalidad de nimiedades. En la vida de un hombre hay muchos trabajos pequeños, sin relación con los grandes. Pero la historia no conoce trabajos grandes sin trabajos pequeños. Sería más preciso decir: los pequeños trabajos en una gran época, es decir, como partes componentes de una gran tarea, dejan de ser “pequeños trabajos”. Después de la debacle de la Narodnaya Volya, la intelectualidad rusa, sumida en la apatía y la postración, intentó tomar el camino de los “pequeños trabajos” de carácter cultural y filantrópico. Así surgió el tipo de la década de 1880, los predicadores de los talleres cooperativos y el vegetarianismo. Tras la derrota de la revolución de 1905, el menchevismo ruso tomó finalmente el camino de rechazar un programa revolucionario, en nombre de las “reivindicaciones de actualidad”, es decir, de los pequeños trabajos. Así se formó el tipo de liquidador, empapado hasta la médula de las ideas burguesas y que pronto se convirtió en patriota. En Europa, durante el período comprendido entre la guerra franco-prusiana (1871) y la gran matanza imperialista (1914), la burocracia socialdemócrata y sindical se replegó cada vez más en el trabajo cotidiano, puramente reformista y detallista, repudiando en la práctica la lucha revolucionaria contra el capitalismo, inclinándose ante su poderío. Así se formó el oportunista, el nacionalista, el scheidemannista. En todos estos casos vemos la rendición política y moral ante el enemigo. Los “pequeños trabajos” se contraponen abierta o tácitamente a una gran tarea histórica. Deben llevarse a cabo en los resquicios del régimen establecido por la clase enemiga.

Es perfectamente evidente que las reivindicaciones de actualidad y de tareas parciales que reclaman hoy nuestra atención son de otro tipo. Nuestra preocupación es el trabajo constructivo de una clase obrera que por primera vez construye por sí misma y según su propio plan. Este plan histórico, aunque todavía extremadamente imperfecto y carente de consistencia, debe abarcar todas las secciones y partes de la obra, todos sus recovecos, en la unidad de una gran concepción creativa. El problema de los reformistas no consiste en su preocupación por las reformas parciales, sino en el hecho de que estas reformas están confinadas de antemano en el estrecho marco que les asigna una voluntad hostil. Si nuestras reformas soviéticas tienen límites estrechos, éstos son los límites de nuestro propio poderío económico, o de nuestra debilidad. En última instancia, nuestra heroica lucha de barricadas también se divide en detalles, apilando troncos, volcando carros, levantando barreras, etc. Pero todos estos actos estaban unidos por la alta tensión revolucionaria de los combatientes, en nombre de un gran objetivo político. La unidad de un gran objetivo arranca igualmente al hombre de las mezquindades pequeñoburguesas, lo eleva por encima del nivel de las meras preocupaciones cotidianas, aporta inspiración a su vida, aunque su participación personal en la tarea común sea del orden más modesto.

La construcción socialista es una construcción planificada a gran escala. Y a través de todos los flujos y reflujos, errores y giros, a través de todas las vueltas y revueltas de

la NEP, el partido persigue su gran plan, educa a la juventud en el espíritu de este plan, enseña a cada uno a vincular su función particular con la tarea común, que hoy exige coser los botones soviéticos, y mañana exigirá la disposición a morir sin miedo bajo la bandera del comunismo.

La técnica soviética se eleva al nivel de la política revolucionaria. El montador, el tejedor, el capataz, el ingeniero, todos ellos son participantes conscientes de un plan económico común, o deben llegar a serlo. La formación técnica de los jóvenes no es sólo una cuestión de especialización, sino también de preparación para participar en la construcción planificada, en la arquitectura socialista, en la realización revolucionaria.

La Rusia soviética ofrece un campo ilimitado para la técnica. Y, si las cosas se presentan de forma adecuada, los estudiantes proletarios estudiarán agronomía, termodinámica o tecnología eléctrica con el mismo entusiasmo (de hecho, ya lo están estudiando) que nuestra generación mostró al estudiar la organización de huelgas, círculos de discusión e imprentas clandestinas. La especialización es necesaria, fructífera, saludable, como precondition elemental de cualquier avance. Pero la especialización en un estado obrero no debe conducir a un halago del individuo, a una unilateralidad aislada. Podemos y debemos exigir una formación especializada seria y completa para nuestros jóvenes, y así emanciparlos del pecado básico de nuestra generación (el de ser unos sabelotodo y expertos en todos los oficios), sino la especialización al servicio de un plan común captado y pensado por cada individuo. El partido debe formar en los próximos años un poderoso cuadro científico y técnico. La técnica soviética debe ser elevada a las alturas de las ideas del partido comunista.

Sin embargo, la cuestión no se agota en estas nociones históricas generales, pues sólo son decisivas en el llamado “análisis en última instancia”. En la práctica, la relación entre la especialización y las ideas del partido es actualmente más compleja y más profunda.

También antes de octubre, por supuesto, los bolcheviques no sólo eran bolcheviques, sino que cada uno tenía su propio trabajo, su propio oficio, en el que se empleaba. Sin embargo, la diferencia entre ahora y el período prerrevolucionario es enorme. En primer lugar, los funcionarios del partido se dedicaban entonces casi exclusivamente al trabajo del partido; eran los llamados revolucionarios profesionales, y su número era bastante considerable. En segundo lugar, los miembros del partido que permanecían en el tajo, en los trabajos de oficina, etc., dedicaban a su trabajo de fábrica y de oficina sólo su fuerza física, sólo su tiempo, no su alma. Vivían su vida activa y consciente fuera de su empleo.

Pero ahora... Los funcionarios del partido, tanto centrales como locales, están formados, con pocas excepciones, por camaradas que tienen a su cargo servicios estatales de los más responsables, casi siempre de tipo especializado. Lo mismo ocurre con un número muy importante de miembros del partido que no son formalmente funcionarios del partido pero que constituyen sus cuadros fundamentales. Los comunistas aportan ahora toda su personalidad a su trabajo administrativo, económico, militar, diplomático y de cualquier otro tipo, pues no se trata sólo de un trabajo, sino de la construcción socialista; y cuanto más se especializan los miembros del partido, más desarrollan el gusto por la especialización, y así debe ser, pues sin especialización es imposible lograr nada serio y empresarial en una “empresa” tan colosal como la construcción de un nuevo estado y una nueva economía. El peligro resultante, sin embargo, también es grande: por mirar fijamente los árboles se puede perder de vista el bosque.

Hace tres años tuve ocasión de decir que sería un gran logro para el partido que en lugar de tendencias internas y facciones del tipo antiguo formáramos agrupaciones de electricistas, entusiastas de la turba, hombres de pizarra, etc. En general, esta idea sigue

siendo válida hoy en día. Pero el desarrollo retardado de la revolución a escala mundial significa para nosotros un desarrollo económico retardado, y esto, a su vez, significa que las cuestiones puramente políticas (las relaciones entre los obreros y los campesinos, entre el partido y las masas) conservan todavía para nosotros, durante mucho tiempo, su importancia decisiva. Si el partido, por estar fragmentado y absorbido por el trabajo especializado, perdiera su sensibilidad a cada cambio en la esfera política y su capacidad de orientarse rápidamente en estas cuestiones, se vería amenazado por peligros muy grandes. Tratar de resistir esta tendencia arrastrando al partido a los métodos primitivos de resolver todas y cada una de las cuestiones soviéticas “a través del partido” sería ciertamente un quijotismo reaccionario. No haríamos más que sobrecargar al partido por ese camino, obligándole a realizar con sus propias manos un trabajo para el que ya tenemos herramientas, aunque no sean muy precisas. La degeneración departamental del partido, y de cualquier otro tipo, sólo puede contrarrestarse combinando una serie de métodos que puedan fortalecer y aglutinar al partido, ampliar su base, mejorar las “herramientas” soviéticas y enseñar al partido, es decir, a nosotros mismos, a manejarlas mejor.

Es necesario, ante todo, aumentar sistemáticamente el número de miembros que trabajan en el tajo. La industria es ahora mucho más estable que en los primeros años de la revolución, y esperamos que su estabilidad sea cada vez mayor. El reclutamiento de miembros del partido en las fábricas puede y debe asumir un carácter estrictamente sistemático y al mismo tiempo individualizado. Debemos ganar por separado a todos los trabajadores que merezcan ser ganados. La juventud de la clase obrera debe ser nuestra en su totalidad. Esta es la tarea de todas las tareas, la llave de todas las cerraduras. Cuanto más se alimenten los recursos subterráneos del partido, menos amenazará con la osificación burocrática la cristalización en las capas superiores del partido a lo largo de las líneas de profesión y departamento.

Hay que elevar el nivel político y teórico del partido y, como contribución más importante a este fin, mejorar la prensa del partido, que debe dar mejor información, ser más interesante, más profundamente comprensiva y, en particular, deshacerse de las trivialidades departamentales y de las proclamas monótonas que no instruyen ni despiertan, sino que adormecen. A este respecto, es necesario hablar de manera especial, concreta y urgente.

Por último, un medio muy importante y más apremiante es la intensificación y mejora de la supervisión del partido no sólo en el trabajo del partido sino también en el trabajo soviético. El departamentalismo, el burocratismo, la distorsión de las relaciones humanas por las influencias del mercado, todo ello desarrolla una fuerza muy grande que arrastra a las personas, las envuelve y las corrompe. Nuestro partido es mucho más consciente de esto que sus críticos desde la barrera. Pero no elude hacer frente a estas tendencias; actúa contra ellas conscientemente, de forma planificada, con vigilancia e implacabilidad. Y esto no sólo mediante su trabajo general, sino también a través de órganos especializados de supervisión, adaptados a las formas específicas del trabajo contemporáneo del partido y del sóviet. Si un miembro del partido se ha vuelto tan “especializado” en su trabajo departamental que ha perdido su vínculo moral con el partido, no tiene sentido que permanezca en el partido. Puede ser un útil funcionario soviético, pero no se le puede dar voz en las decisiones de la política general del partido. El comunista que está en peligro de sufrir tal degeneración debe ser sacado de un tirón a tiempo. Esta es una tarea muy importante, que no puede ser realizada por la acción automática de la maquinaria soviética. El partido, como partido, está organizado muy sólidamente en nuestro país. Pero los miembros del partido pasan a formar parte de la máquina soviética de acuerdo con un principio muy diferente; allí tienen una relación

diferente entre ellos y hay una jerarquía diferente. Entre el partido y las organizaciones soviéticas existe una interpenetración muy compleja que, sin embargo, no está suficientemente organizada en lo que respecta al partido. De ahí la necesidad de un órgano de control independiente encargado de aplicar la línea del partido no sólo en el trabajo del partido, sino también en el trabajo soviético, un órgano que sea autoritario, flexible, de camaradas, pero también, cuando sea necesario, implacable. Esta cuestión constituye, como todo el mundo recuerda, por supuesto, uno de los temas principales de los dos últimos artículos del camarada Lenin.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es